

ejercicio se enciende mas y mas el fuego; y encendida el alma, entónces se descubre el Señor amante. ¡O qué consuelo! ¡O qué gozo! ¡O que dichoso entretenimiento! Ea, alma, aprende este juego, si quieres ganar.

402. Considera cómo la Magdalena, oyendo las preguntas del Señor, que juzgaba hortelano, y viendo que la conversacion se parecia á la de los ángeles, que tiraban á entretenirla, responde con sola una palabra: señor, si tú le llevaste, dime en donde le tienes, que yo iré por él, y me le llevaré; como quien dice: degémonos de preguntas y respuestas: lo que busco es á mi Señor: si tú lo has llevado, dime dónde está; y si no sabes darme razon, coge tu camino, y déjame, que mi alma no está para tratar de otra cosa. Este sí es amor, estas sí son ansias, esto es buscar de veras. Volvió las espaldas, y se convirtió á su llanto. Ea, alma, ve notando el arte de amar. El que ama, ni quiere oír, ni quiere saber ni entender otra cosa que en lo que ama: aborrece toda curiosidad, toda conversacion y entretenimiento, á todo vuelve las espaldas, de todo se despide; porque sabe muy bien, que todo lo que no es Dios, no le puede servir de otra cosa que entibiar su afecto; y tibio el amor, ¿cómo podrá correr en busca del amado? Nota esta doctrina, que te aprovechará grandemente si buscas noticia del Señor que amas, y te abrirá camino para hallarla: eso oye, eso solo escucha, y de todo lo demas que no fuere esto, retírate con valor y firmeza.

403. Considera cómo el Señor habló á la Magdalena, diciéndole: María. ¡O mudanza de la diestra del Altísimo! dice Orígenes.* O dulcísimo y sacratísimo nombre! Apenas oyó el nombre de María, cuando se volvió al Señor, desapareció la ceguedad, huyéron las tinieblas, el dolor se convirtió en gozo, las lágrimas en alegría, la amargura en dulzura, y la pena en grande consuelo. Considera á su Maestro la Magdalena, y partió llena de regocijo á arrojarle á sus plantas divinas. Ea, cristiano, mira la eficacia del dulcísimo nombre de María soberana, pues hasta que lo oyó la Magdalena, todo fué pena, llanto, desabrimiento, todo era noche, tinieblas, y todo ignorancia; mas así que llegó á sus oídos, con él vino la luz, el conocimiento, el gozo, la dulzura, la alegría y el consuelo. ¿Qué te parece que es esto,

* Hom. ult. in divers.

sino que quiere el Señor ser buscado por su Madre, y ser llamado por medio de esta soberana y celestial Señora?

404. Considera cómo la Magdalena, así que conoció por la voz á su amabilísimo Señor, partió á sus divinas plantas, y el Señor le prohibió que le tocara. ¡Y qué fué esto? ¿Fué desvío, ó fué misterio el retirarla de sí? Favor singularísimo, dijo el Crisóstomo,* y juntamente divina enseñanza que dió á otras almas en ella. Enséñale lo primero á reprimir los ímpetus del afecto y amor sensible, advirtiéndole que deben tratar las almas al Señor con decoro y reverencia, porque el amor que no se junta con reverencia, de ordinario es defectuoso por lo sensible, y consiguientemente imperfecto; y así deben las almas que tratan con el Señor templarse, y amar con entendimiento, con cuya luz siempre anda junto el amor, y el que mas ama mas conoce; y el que mas conoce mas reverencia tiene; porque cuanto mas altamente juzga de Dios, mas bajamente siente de sí; y este conocimiento hace al amor reverente, y la falta de él le hace desatento. Supuesta esta doctrina, prosigue con Teofilacto á considerar el favor que le hace el Señor en retraerla de sus piés. Dice este Doctor que no fué desvío, sino quererla levantar á la contemplacion de su divinidad, como quien dice: no, María, ya no os quiero á los piés de la humanidad, subid á mi divinidad, entraos á la recámara interior; que es muy justo que á quien ama se le muestre el amor. Vos buscáis mi humanidad, que es lo que os toca; y yo os abro la puerta á mi divinidad. Vos buscáis mis piés; y yo os ofrezco mi corazon; que así levanto yo al que se humilla, y humillo al que se levanta. Busca, alma, estos divinos piés, busca aquellas santísimas pisadas. Piensa en esta doctrina, y considera, que en viéndote el Señor olvidada de ti, y de todas las criaturas, te levantará su Magestad á la contemplacion y amor de su divinidad. Mira como no se atrasó la Magdalena por haber buscado siempre aquellas divinas plantas: búscalas tú, si quieres caminar derecho y seguro.

405. Considera cómo el Señor se apareció al sagrado apóstol señor San Pedro; y aunque de esta aparicion no dice cosa particular el evangelio, mas tampoco lo dice de nuestra Señora; no obstante son de parecer los santos, que á su Magestad primero que á nadie se apareció; y asimismo debe-

* Hom. lxxv.

mos entender, que se apareció al señor San Pedro después de la Magdalena y de las Marías.* Así lo considera San Buenaventura† con otros, en esta forma: como la Magdalena y sus compañeras volviesen á casa llenas de gozo, y contasen cómo el Señor se les había aparecido; entonces el señor San Pedro, que no podía sosegar sin ver á su divino Maestro, les preguntó que en dónde le habían visto. Y diciéndole que en el huerto, partió el Santo solo, y lleno de lágrimas en busca suya, siempre siguiendo el camino del sepulcro. Hizosele enconradizo el Señor en el camino, y él así que lo vió, lleno de dolor y lágrimas se arrojó á sus plantas, y dándose golpes en los pechos, lloraba, diciendo: Señor, digo mi culpa, que degé á vuestra divina Magestad solo en las manos de vuestros enemigos. Digo mi culpa, que negué á vuestra divina Magestad, juré, y perjuré que no os conocia. ¿Habéisme perdonado, nobilísimo Maestro? Perdonadme, mi Dios y Señor mio: esto decia arrojado en tierra; mas el Señor, mostrándole singularísimo amor, le levantó del suelo, y abrazándole y besándole le dijo: mi paz sea contigo, Pedro: dame esos brazos en señal de que somos amigos; y toma este ósculo en señal de que estás perdonado: y así ni temas, ni te aflijas, que te amo como siempre, y eres la piedra fundamental de mi Iglesia. Ya estás convertido á mi gracia y amistad: ya eres mi amigo: anda, pues, y confirma á tus hermanos que estan flacos. Con esto le echó su bendición, y le llenó de gozo y alegría el alma y corazón, y desapareció. Considera en la benignidad de este amantísimo Señor, y con cuánta piedad y misericordia reconcilia consigo á los pecadores; y alientate, aunque lo seas muy grande, porque como te vea el Señor verdaderamente arrepentido, no ha menester mas para aplacarse y quererte, como ántes de haberle ofendido. Es generoso, amable y benigno, y conoce nuestra flaqueza.

406. Considera cómo el Señor se apareció á los discípulos, que iban huyendo de los Judíos, camino de Emaús, que como dice San Alberto Magno,‡ el miedo los llevaba; y porque es muy misteriosa esta aparición, será bueno que la medites y consideres muy despacio. Pondera lo primero, que estos discípulos iban por el camino hablando uno con otro, como dice San Agustín,§ de la pasión del Señor, de la inhu-

* Luc. xxv. 34.
‡ Luc. xxiv. 13.

† De Medit. Vit. Christ. cap. 10.
§ Lib. 3. de Cons. Evang. cap. 25.

mana crueldad de los Judíos, de la muerte afrentosa que le habían dado, y de las señales y prodigios que entonces habían sucedido. Ves aquí, cristiano, la conversacion de los discípulos del Señor: no trataban del mundo, de vanidades, de logro, de ambiciones, ni de ociosidades: de la pasión y muerte del Señor trataban, y esto en el camino, para enseñarte que esta ha de ser tu conversacion en el camino de esta vida. Pondera lo segundo, lo cerca que está el Señor de los que tratan de su santísima pasión, y como no falta á los que se acuerdan de ella, y la consideran. Aparecióse á aquellos dos que trataban de ella; y cuando ellos juzgaban que no le habían de ver, entonces le tenían consigo; para que veas cuán cerca le tienes de ti cuando te pones á considerar sus dolores, aunque á ti te parezca que está muy léjos. Pondera lo tercero, que el Señor se les apareció en hábito de peregrino: porque como dice San Gregorio,* quiso con el trage mostrarles como le tenían en su alma; esto es, que el Señor peregrinaba fuera de sus corazones, porque la falta de fé y esperanza le tenían desterrado de sus almas, y por eso se muestra peregrino. Atiende, cristiano, si acaso tambien es peregrino para contigo. Mira si acaso le traes con tus culpas desterrado de tu alma. Mira si le traes peregrinando fuera de ti: advierte que el propio dueño de tu alma es tu Dios, y que otra cualquiera cosa que amas fuera de su Magestad es peregrina y extranera. Vaya, pues, fuera el peregrino, y entre el propio dueño. Mira qué maldad, que el Señor de casa ande peregrinando por el mundo, porque no le dejan sosegar en ella; y que el demonio, que es extraño, viva y mande como dueño en ella.

407. Considera cómo los discípulos, así que el Señor se les juntó, como no le conocian, suspendieron la conversacion: mas como ella era la que había traído al Señor, y su divina Magestad gustaba tanto de ella, les preguntó, ¿qué era lo que iban hablando, y por qué iban tristes? Como si digera: no calleis, proseguid en la conversacion, que me alegro de oiros: idme refiriendo la causa de vuestras tristezas, y comunicad vuestros males, que puede ser que halleis alivio. Respondió uno de los dos, llamado Cleofas, y como admirado de la ignorancia del peregrino, le dijo: tú solo en Jerusalem puedes ignorar lo que hablamos; y es porque

* Hom. 25. in Evang.

vienes ahora de tierras extrañas, y por eso no sabes lo que ha sucedido en Jerusalem estos dias. Dijo entonces el Señor, haciéndose desentendido: ¿pues qué ha sucedido en Jerusalem? Mira cómo los va introduciendo otra vez en la conversacion de su pasion y muerte. Respondieron ellos entonces, y empezaron á hablar del Señor: y cómo habia sido un profeta grande en obras, milagros y doctrina, para con Dios y para con los hombres; y cómo los sumos sacerdotes y príncipes del pueblo le condenaron á muerte, y le entregaron para que fuese crucificado. Esta era nuestra conversacion; y la causa de nuestra tristeza es, que nosotros esperabamos que él habia de redimir á Israel de la esclavitud de los Romanos (así lo explica Teofilacto;)* y sobre habérsenos frustrado la esperanza con la muerte que le diéron, él nos habia dicho que habia de resucitar al tercero dia, que es hoy, y no lo habemos visto. Es verdad que unas mugeres, que fuéron esta mañana al monumento, nos aterraron, diciendo, que habian visto dos ángeles, y que les habian dicho cómo habia resucitado; y nosotros temerosos de que se divulgue el caso, y por ello nos quiten la vida, nos salimos huyendo. Sacarás de todo esto tres consideraciones. La primera sea, que aunque la tribulacion, el miedo y temor de algun trabajo te saque de la paz y quietud, nunca ha de ser poderoso á apartarte de la memoria y consideracion de la vida, pasion y muerte del Señor: en esa has de perseverar siempre, porque por ahí te ha de venir el remedio. La segunda, que si la tribulacion te obligare á comunicar con alguna criatura, que no lo debes hacer, has de procurar reprimirte en tener silencio, y con paciencia sufrir y esperar del Señor el consuelo, por la continua oracion. Mas si te dejas llevar, y solitas divertir tu trabajo con algun amigo, mira que tu conversacion sea de Dios, y no mas; no sea que buscando el alivio de tu carne, aumentes á tu alma el desconsuelo. La tercera, que no esperes, como aquellos discípulos, que el Señor redima tu carne del penar; sí á tu alma del pecar. Por esta libertad has de clamar, entendiendo que el mayor de los trabajos de esta vida es el pecado: esto te ha de hacer temblar, no las tribulaciones temporales; porque esas como se lleven con humildad, son el crisol donde se purga y hermosea el alma.

* In eap. i. Luc.

408. Considera cómo habiendo oido el Señor la relacion de sus discípulos, en la cual ellos habian manifestado su poca fé y esperanza, su divina Magestad, tomando la ocasion de sus mismas razones, les respondió diciendo: ¡ó insensatos y faltos de entendimiento! ¡ó duros y rebeldes de corazon para creer lo que está profetizado de Cristo! ¿No acabais de entender que fué conveniente que Cristo padeciese, para que por los tormentos, pasion y muerte entrase en su gloria? No lo podeis negar. ¿Pues cómo habia de entrar en su gloria sin padecer ni morir? ¿puede faltar la escritura? ¿pueden dejar de cumplirse las profecías, á que se habia de dar cumplimiento con su muerte y pasion? ¿cómo habia de entrar en la gloria sin padecer y morir? ¡O cristiano! Mira que no puede faltar la escritura: mira que dice el señor San Pedro:* que conviene entrar por tribulaciones á la gloria, y San Pablo dice,† que si padecieses con Cristo, entrarás con Cristo en su gloria. Mira que te dice la fé, que el Señor dará á cada uno el premio ó el castigo segun sus obras: mira que no dice segun la fé, sino segun las obras: mira que no puede faltar la escritura; y así trata de trabajar, padecer y amar los trabajos. No seas insensato como aquellos discípulos, que tenian por cosa indigna del Señor el padecer y morir.

409. Considera en aquellas razones que les dijo el Señor: que fué conveniente que Cristo padeciese y muriese, para entrar en su gloria. Piensa las causas de esta conveniencia, y aplícatelas á ti mismo. Fué conveniente que padeciese y muriese, porque así lo habia mandado su Eterno Padre: y era conveniente que el Hijo obedeciese al Padre hasta la muerte, y muerte de cruz.‡ Mira, pues, si el Hijo padece por obedecer, ¿cuánta mas razon será que padezca obedeciendo el esclavo? ¿quieres tú que te trate el Señor con mas blandura que á su Hijo? A su Hijo santísimo lleva el Padre á su casa y gloria por tormentos y afrentas; ¿y tú quieres que te lleve por descansos? ¡O insensato! ¿Ha de ser de mejor condicion el esclavo, que el Hijo?

410. Considera que fué conveniente que el Señor padeciese y muriese, como dijeron San Lucas, y San Pedro,§ para abrirnos las puertas del cielo, y enseñarnos el camino por donde habiamos de caminar para acertar con la entrada;

* 1 Petr. i. 6.
† Ad Phil. ii.‡ Ad Rom. viii. 17.
§ Act. xiv. 1. Pet. xxi.

porque como era camino. que ninguno de los mortales hasta entónces lo habia andádo, ninguno lo podia enseñar, si el Señor no se hubiera ofrecido á ello: ninguno podia abrir la puerta que habia cerrado la culpa, sino el que no tuviese culpa; y este fué nuestro Salvador. *! O stulti! ; O insensatos y faltos de entendimiento todos los que se persuaden que han de entrar en el cielo sino por aquella puerta, y que pueden acertar con ella, no yendo por el camino que abrió el Señor! Mira, cristiano, que el camino que abrió el Señor, es angosto, y la puerta estrecha: ó quieres entrar ó no: si quieres, trata de ceñirte y adelgazarte, porque si quieres ir á tus anchas, y con mucha ropa, conveniencia y descanso, ni te sufrirá el camino, ni te dará entrada la puerta; porque el camino es trabajoso, y no admite descanso: la puerta es de aperturas, y no consiente ensanches.*

411. Considera cómo llegó el Señor con los discípulos al castillo de Emaús, y habiendo llegado, hizo ademan de querer pasar adelante, como que iba mas léjos; pero los discípulos, que con su doctrina ya estaban convertidos é inflamados en el divino amor, le rogaron, y aun le hicieron fuerza para que no se fuese, diciéndole: ¿adónde quereis ir ahora, Señor, que ya es tarde, y quiere anocheecer? quedaos con nosotros, y estaremos juntos esta noche; como quien dice: Señor, atónitos nos tienen vuestras razones: todo lo que nos habeis dicho es santo y verdadero, y ha hecho en nosotros tanta operacion, que parece veniamos oyendo á nuestro Maestro; y así no nos priveis de este consuelo, entraos con nosotros, que de lo que cenáremos nosotros, cenaréis, y en donde descansáremos descansaréis. Pondera, alma, el amor de este soberano Señor, que como dice San Bernardo,* fingió que se queria ir, no porque queria dejarlos, sino porque gustaba de que le detuviesen. Conoce por aquí, que cuando algunas veces, á tu parecer, se te ausenta, no es así, sino que gusta de verte clamar, y verte afligido por su amor, para amarte mas: escóndese, y como que se retira, para que tú le hagas fuerza, y esta fuerza se la harás con la oracion humilde y devota, y la aprenderás de estos dos discípulos, que aunque tenian al Señor por peregrino, le llaman Señor, y le ruegan con instancia que no los dege, y le ofrecen la cena y la posada. Ofrecele tú la cena, que con eso podrás velar:

* Serm. in Cant.

ofrecele la posada del alma, limpia y aseada, que te aseguro le tendrás seguro siempre.

412. Considera cómo entró el Señor con los discípulos en el castillo, y ellos por festejar á su huesped, al punto disponen la mesa para cenar: sentáronse, y como siente la leccion griega, como hubiesen empezado á cenar, tomó el Señor el pan en sus manos, y habiéndolo partido, lo consagró, como sienten San Agustin* y Drogon,† y comulgó á los dos discípulos, y conociéron al Señor, y su Magestad al punto desapareció. Pondera lo primero la afabilidad y cariño del Señor, como se entró con ellos, se sentó con ellos, y empezó á cenar con ellos, y todo para ganarlos y traerlos á su gracia: mira cómo ama á las almas. Pondera lo segundo, con cuánta maña los vino disponiendo por el camino: primero los reprehende para traerlos á conocimiento de sus culpas; luego los enseñó, y los inflamó en su amor, y luego se les dió sacramentado. Procura tú disponerte ántes de comerle, y advierte que es Pan de amor. Pondera lo tercero, cómo por la santa comunión recibieron la luz, que no alcanzaron en el camino por la doctrina del Señor: es el sol aquel divino Sacramento, y cuando le recibe el alma pura, limpia y aseada como el cristal con el sol, así es el alma con la comunión.

413. Considera cómo se apareció el Señor á Josef, aquel santo varon que dió sepultura á su santísimo cuerpo y fué en esta forma, segun lo reveló nuestra Señora á mi padre Santo Domingo, y al beato Alano de Rupe,‡ y tambien lo trae San Buenaventura con estas palabras: prendieron los pontífices á Josef de Arimatea, porque habia bajado de la cruz el cuerpo sacrosanto de Jesucristo, y le habia dado sepultura; y aprisionado con cadenas y candados, le tenian en la cárcel para quitarle la vida luego que pasase la pascua. Estaba afligido Josef, y congojado con el temor de la muerte, y con la congoja le habia dado un sudor copioso. En esta ocasion entró el Señor en la cárcel, y se le apareció lleno de gloria y hermosura, y le dijo: mi paz sea contigo, amigo Josef: alégrate en Dios tu Redentor: levántate y ven á mis brazos, que es muy justo que descansa en mí quien por mí padece. Rompiéronse los candados, cayéronse las

* Serm. 140. de Temp.

† Serm. de Pass.

‡ Part. vii. cap. 12. de Med. Vit. Christ. cap. lxxxix.

cadena, y Josef, lleno de gozo y alegría inefable, se echó á sus piés, y le adoró con profundísima reverencia. Cogióle en brazos el Señor, y con sus divinas manos le limpió el rostro, y le dió un tiernísimo ósculo en las megillas, y le dijo palabras dulcísimas, y de inefable consuelo, que tú puedes considerar en esta forma: muy agradecido estoy de las finezas que habeis hecho con mi cuerpo, y con mi Madre. Vos, hijo mio, os habeis empeñado con Pilato para que os diese mi cuerpo: vuestro es, y aquí le teneis para vuestro regalo: llegad á esas llagas, y aplicaos á ese costado, y gozad de lo que es vuestro. Vuestro es mi cuerpo, vuestra es mi alma, y vuestra es mi divinidad. Vos me quitásteis de la cruz, de los clavos y espinas: yo os libraré de los tormentos eternos, y os levantaré por mi cruz sobre todo el mundo. Vos me dísteis mortaja limpia, y me unguísteis con unguentos aromáticos; y yo os vestiré una estola gloriosa de inmortalidad, y os llevaré á las delicias de mi paraiso. Vos me dísteis sepulcro, en que descansase mi cuerpo; y yo os daré en mi reyno una silla de gloria inmortal, en donde descanséis eternamente. Lleno de favores y promesas este Santo, prosigue San Buenaventura, le cogió de la mano el Señor, y sacándole de la cárcel, le acompañó hasta su casa, en donde le dejó, diciéndole que no temiese á sus enemigos, que ninguno sería osado á hacerle mal. Esto es lo que contempla San Buenaventura, y tú pondera lo primero, cuán bueno es el Señor, y cuán fiel para sus amigos; cuán benigno y misericordioso para los que padecen por él. Pondera lo segundo el logro tan grande de todos los que sirven al Señor, y se exponen por su honra á trabajos. ¡O dichoso servicio! ¡O dichosas prisiones y cárceles, que merecieron juntos tantos favores, mercedes y regalos!

414. Considera cómo despues de esto, segun refirieron los dos mismos Santos,* se apareció el Señor á Santiago el menor, que habia determinado en la cena del Señor de no comer ni beber cosa alguna desde entónces hasta ver glorioso y resucitado á su Maestro: ya le tenia la hambre bien fatigado cuando entró el Señor, y se le apareció á él y á los que estaban con él, y los saludó con dulcísimas palabras: mi paz sea contigo, amigo mio: la hartura de los ángeles tienes aquí: llégate á mis llagas, bebe á tu gusto, pues, has padeci-

* B. Alan. ubi. sup. S. Bonav. cap. 20.

do sed por mí; y habiéndole regalado el alma, y confortado el cuerpo, les mandó á los que allí estaban, que pusiesen la mesa, para que su siervo comiese y se regalase. Sentáronse á la mesa, y el Señor cogió en sus manos el pan; y habiéndole consagrado, comulgó á su apóstol, diciéndole: la bebida os dí en mis llagas: ahora os doy la comida: tomad, que este es mi cuerpo. Comulgó el santo apóstol, y se halló todo lleno de Dios, transformado en su divino Maestro. Pondera, cristiano, el agradecimiento de nuestro Dios, y cuánto se paga este divino Señor de lo que hacemos por su amor. Pondera cuánto le agrada el ayuno y abstinencia de los terrenos manjares, que por haberse privado de ellos el Santo, mareció el manjar de los ángeles. Pondera cómo todos los favores de este Señor son espirituales, y cómo por ellos suple con tantas ventajas, lo que podia hacer con los manjares temporales, y anhela por este pan divino, seguro de que sustenta el alma y el cuerpo, cuando este renuncia de veras todos los regalos corporales.

415. Considera cómo los discípulos, despues de estas apariciones, se iban juntando al cenáculo, en donde estaba nuestra soberana Reyna, como dice San Buenaventura, y se prostaban á sus piés, pidiéndole perdon con muchas lágrimas de haberla desamparado en la soledad y trabajos de la pasion de su santísimo Hijo, y cada uno decia, cómo el Señor se le habia aparecido, y contaban los favores que les habia hecho, y conocian que todo les venia por las oraciones de aquella gran Señora, y no se hartaban de darle las gracias. ¿Quién podrá ponderar el cariño, el amor, y la alegría con que los recibia en su presencia, y como Madre piadosísima los consolaba? Entren, entren, diria, al aprisco las ovejas de mi Señor: hirieron al Pastor, y todas ellas asombradas se esparcieron: ya se levantó el Pastor, y las vuelve á juntar con infinito amor. ¿Quién podrá ponderar el gozo que con esto sentia la Reyna de los ángeles, y aquellas palabras de amor con que le daba las gracias á su Hijo por el cuidado que tenia de los suyos? No hay humano entendimiento que pueda comprender la grandeza de la alegría que le causaba el verlos entrar á su presencia. Ea, cristiano, dale esa alegría á tu Señora: oveja descarriada has sido: tambien huiste, aunque sin miedo, y por eso con mayor culpa tuya; pero vuelve á esta Madre de las misericordias, que ella con su intercesion alcanzará de su santísimo Hijo, que te reciba á su gracia y amor.